



MENSAJE DEL HERMANO ANIMADOR GENERAL

*“María Magdalena fue al sepulcro al amanecer
y vio la losa quitada del sepulcro.
Entonces entró también el otro discípulo; vio y creyó” (Jn 20, 1.8).*

Estimados Hermanos, miembros de las Fraternidades Nazarenas, Aspirantes a Hermanos, Comunidades Educativas, Comunidades cristianas, Catequistas y amigos de la Familia Sa-Fa:

La celebración de la Vigilia Pascual del Sábado Santo del año pasado la viví en un país de África. Aquella noche fuimos a la parroquia y cuando llegamos la iglesia estaba llena y había mucha gente fuera, así que decidimos ir a un centro de acogida de niños y adolescentes que dirige una Congregación amiga. Éramos pocos los que acompañábamos a aquel grupo de internos y vivimos una ceremonia sencilla, cantada por el grupo de niños con mucho entusiasmo. En aquella situación me pregunté ¿qué significará para estos niños y adolescentes la resurrección de Jesús? Es una pregunta que nos podemos hacer también nosotros ante la Fiesta de Pascua de este año: ¿qué significa la resurrección de Cristo para nuestra vida y para este momento que vive el mundo?

La mañana del Domingo llegó con un nuevo aire fresco para los protagonistas de la primera Pascua de la historia, a pesar de no haber superado el dolor de los días de pasión. María Magdalena, es uno de los personajes clave en la narración de los textos. Esta mujer se atrevió a salir de casa e ir al sepulcro con otras mujeres en un gesto valiente. Al llegar al lugar ven la piedra movida y el sepulcro vacío y con esta información retornan al grupo que permanecía en la casa. La noticia que dan es que han profanado y robado el sepulcro, Jesús no está allí.

Es una información superficial, precipitada e incompleta de la primera hora de la mañana. Ante la alarma causada por la noticia, Pedro y Juan salen corriendo y se acercan al sepulcro. Esta vez no se quedan fuera, sino que entran, miran lo que hay, examinan los detalles y dice el texto escrito por el propio Juan que “vio y creyó” y “entendió que Él había de resucitar de entre los muertos”.

Tiempo de miradas interiores

Los Evangelios sinópticos, completan estas escenas diciendo, que María Magdalena se quedó fuera llorando, lo que significa que aunque había un afecto evidente, contempla el misterio desde fuera. También nosotros nos quedamos fuera tantas veces en la manera de entender la fe en Jesús. Nos acercamos de diversas maneras a lo religioso, pero mantenemos separada nuestra vida de la persona de Jesús. Y así preguntamos sin esperar la respuesta, llamamos a la puerta sin convicción, buscamos sin dejarnos buscar, vivimos guardando la distancia o nos movemos en la superficialidad sin dar un sentido a la vida. Es una fe sin encuentro.

Para comprender la resurrección se necesita llegar a la interioridad. Pedro y Juan, miraron la realidad que tenían delante y dieron el paso al recuerdo, a la interpretación de las Escrituras, a las palabras de Jesús, al misterio; entraron en su interior y se dejaron tocar. Así nosotros, veremos la nueva presencia del Resucitado si sabemos visitar el silencio que se hace relación con Dios, que se deja encontrar, que se siente atraído por la belleza del amor de Dios y se deja regenerar por un amor más grande.

Los personajes de la mañana de Pascua encontraron la luz en el silencio, como el profeta Elías que esperaba la voz de Dios en el trueno o el rayo y sin embargo llegó en el susurro del viento suave (1Re 19, 3-15). Donde se gesta la fe y el anhelo de un nuevo mundo es en el silencio de nuestro corazón, en los gestos sencillos, en el abajamiento.

Tiempo de susurros y de alegría

La relación de Dios con su pueblo no es una historia de poder o de imposición sino de seducción y de relación. La mañana de Pascua se desarrolla en cortos diálogos que emiten algunos susurros que se convierten en palabras claves. Son palabras que pronuncia el mismo Jesús y que revelan una nueva realidad. La palabra puente entre lo vivido y lo que está por venir es “no temas”, es una palabra de consuelo ante el sufrimiento que abre a la esperanza. A partir de ahí, otros mensajes iluminan la nueva vida que trae la resurrección de Cristo: “alégrate”, “ve a decir a mis hermanos que vayan a Galilea y allí me verán”, “la paz esté con vosotros”.

Lo primero que les dice Jesús a las mujeres es “alegraos”. No se trata de una ingenuidad. *“La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría”* nos recuerda el Papa en *Evangelii Gaudium*. La alegría es el don mesiánico por excelencia, como Jesús mismo promete: *“para que mi alegría esté en vosotros y vuestra alegría sea colmada”* (Jn 15,11 y 16,24). Una alegría que viene de la relación con Cristo vivo y que nos lleva a sentirnos liberados de nuestras tendencias empobrecedoras y del vacío interior.

La alegría se consolida en la vivencia de la fraternidad, como espacio humano y teológico, cuando la familia, la comunidad o el grupo se reúne en torno a Cristo, se alimenta de su Palabra y de su Cuerpo y se comparte la vida y la misión. El cristiano es fundamentalmente alegre porque la alegría le nace de dentro. *“Estad siempre alegres en el Señor, os lo repito estad alegres”* Flp 4,4.

Tiempo de amor y esperanza

Me gusta contar aquella historia de un hombre que llevaba agua de un pozo lejano a su huerto para regarle todos los días. En sus viajes desde el pozo al huerto se iba lamentando porque el cubo perdía agua y cuando llegaba sólo tenía la mitad. Con el paso del tiempo vio que a lo largo del camino habían crecido muchas flores con todo su esplendor. Ese día se dio cuenta que también el agua perdida había servido. Esta pequeña historia nos recuerda que, si nuestro corazón está lleno de amor y esperanza, aunque por el camino nos encontremos muchos obstáculos, seremos capaces de hacer nacer la vida. Habrá agua de amor y esperanza para el terreno fértil y para el camino duro.

Jesús es la esperanza que va más allá del optimismo y que supone una convicción en el poder del bien, del triunfo del Reino. La esperanza es a la vez fuerza que nos sostiene y que nos hace andar hacia el futuro; así la esperanza es el futuro soñado, deseado, querido, hacia el que avanzamos. Santo Tomás decía: *“La esperanza es el presente de nuestro futuro”*.

En una mirada atenta a nuestro mundo constatamos el mal que existe y que provoca muertes, destrucción y sufrimiento. Los conflictos armados que vivimos y las injusticias que sufren tantas personas son siempre fruto del egoísmo humano y de la ambición de poder y de riqueza. Es el desprecio a los otros para alcanzar fines injustos, sean personales o colectivos. Ante esta desolación esperamos que el Señor nos hable para poder comprender este sin sentido, pero Él ya ha hablado proclamando un nuevo Reino de amor y paz y lo ha puesto en nuestras manos.

Por eso hay esperanza, porque Jesús nos presenta la vía alternativa, un mundo de hermanos donde la fraternidad nos hace iguales y da preferencia a los más necesitados. La resurrección de Jesús nos debe dar fuerza para abrazar los ideales evangélicos del amor y de la fraternidad: *“ve a decir a mis hermanos”, “paz a vosotros”*.

El grito de la Pascua para el mundo y para cada uno de nosotros es “esperanza”. Y es esperanza porque Dios mismo ha sellado su alianza de amor con los hombres por la muerte y resurrección de Jesús. No es un pacto al estilo humano firmado por intereses que se puede romper si aparecen otras ventajas. Dios mismo se ha empeñado en hacer camino con el hombre y la resurrección es la garantía de esta nueva creación. Es el big bang o punto inicial de un hombre nuevo y un mundo nuevo redimidos. La mañana del Domingo de Pascua nos trae aire fresco.

Feliz Pascua de resurrección.

Roma 11 - 03 – 2024

H. Francisco Javier Hernando de Frutos. AG